

259
AYUNTAMIENTO DE MADRID

387

EL ABASTECIMIENTO DE AGUAS DE MADRID

Y EL

CANAL DE ISABEL II

Discurso pronunciado por el Concejal Síndico,

Sr. D. Miguel Colom Cardany.

Manifestaciones del Alcalde Presidente,

Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Giménez.



MADRID

Imprenta Municipal

1928

EL ABASTECIMIENTO DE AGUAS DE MADRID

Y EL

CANAL DE ISABEL II

Discurso pronunciado por el Concejal Síndico,

Sr. D. Miguel Colom Cardany.

Manifestaciones del Alcalde Presidente,

Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Giménez.



MADRID

Imprenta Municipal

1923

SEÑORES:

Ocupo la tribuna venciendo flaquezas y desmayos orgánicos, rebeldes a todos los requerimientos de la voluntad. Os pido indulgencia.

Permitid que desbroce el sendero. Escuchaba, ahora mismo, las encendidas frases del Sr. Alvarez Herrero,—violenta diatriba contra los grupos monárquicos,—y, no sé por qué, traían a la memoria un juicio emitido por D. Gumersindo de Azcárate, el insigne maestro: «la crítica, la labor demoledora de piqueta, es cosa fácil; manejar diestramente el palustre, ya envuelve alguna dificultad». Y no comento más. (*Muy bien*).

La finalidad de este acto, podría enunciarse así: Procuramos obtener una resolución ministerial que permita llevar a los barrios más pobres y excéntricos de la Ciudad, agua en tal cantidad, que se puedan alcanzar los máximos consumos; con tanta abundancia, que «la siedad no halle ni tolerancia, ni disculpa, ni perdón». (*Muy bien*.)

La pretensión, ya lo habréis advertido, es plausible y es legítima.

Católico practicante, no exalto yo el agua hasta llegar a su deificación. Pero, ¿recordáis conmigo, como las teogonías advierten que el agua en los pueblos gentiles, fué siempre objeto de culto? Egipto, llama al Nilo «emanación fecundante de los dioses». El padre Homero, señala a Proteo, dios marino, como «el manantial primitivo y maravilloso de todos los seres». En la liturgia de nuestra Iglesia, también es el agua un elemento principal.

Y es que las aguas son la fecundidad del campo; la belleza de las ciudades, que se engalanan con parques y jardines; la salud para los individuos; la riqueza de las urbes modernas, convertidas en enormes centros industriales, merced al consumo de grandes energías hidroeléctricas. Es el agua, luz, calor, trabajo, abundancia, vida. Así, adoctrina a todos el texto mosaico, según el que, antes de la creación, «el Espíritu de Dios, cubría las aguas, provocando la aparición del ser vivo». (*Grandes aplausos*.)

Venimos, pues, a reclamar que se acrecienten los medios vitales de la Ciudad, que se multiplique el empleo del agua, guardián celoso de la salud y levadura de la prosperidad colectiva. (*Muy bien.*)

El Concejo madrileño reclama la intervención del Gobierno. No es demasiado. Recuerdo una graciosa anécdota, contada por Mesonero Romanos, en *Las memorias de un setentón*. Acababa el primer tercio del siglo XIX. Un pobre aguador, pudo llegar hasta la escalera del Palacio Real y formuló una queja al Rey Fernando: «Señor, el Corregidor Barrañón, mandó quitar mi puesto, condenándome a la miseria». El Rey, benévolo, reparó el agravio: «Coloca otra vez tus cántaros en ese descampado,—ahora es plaza de Oriente—y sobre los cántaros un rótulo con estas palabras: «Aquí se vende agua de Real orden». (*Risas y aplausos.*)

Las escasas disponibilidades de agua para el consumo individual y los servicios públicos, dibujan sobre la Ciudad una interrogación conturbadora. Podrá el Poder público,—ya lo intenta el Sr. Ministro de Hacienda—, adormecer su sensibilidad, negando que exista el problema. Sus recios alabonazos no tardarán en sonar, atropelladamente, con dañosísimas repercusiones. Más avisado que su compañero de Gabinete, el Sr. Gasset, ha dicho: «Es de una evidencia que no necesita demostración alguna, la deficiencia de abastecimiento de agua de Madrid». La cuestión, ya con su actual planteamiento, debía llevar zozobras a los espíritus menos preocupados. Agudizada mañana por un conjunto de factores, estrangulará el desarrollo de la Capital. No es difícil razonarlo.

El servicio de aguas, lo llenan tres entidades: «El Canal de Isabel II»—223.000 metros cúbicos;—los llamados «Antiguos Viajes»—3.000 metros cúbicos, repartidos entre «La Alcobilla», «El Alto Abroñigal», «El Bajo Abroñigal», El de la Castellana» y el de «Fuente la Reina», todos cerrados temporalmente,—; y la «Sociedad Hidráulica Santillana»,—, 15 000 metros cúbicos.

Ya se observa que es el Canal el abastecedor más importante y con su economía hidráulica se relaciona el conflicto planteado. Sus aguas proceden de las torrenteras de las estribaciones de esa maravillosa sierra del Guadarrama, en su parte Sur, la integración de las cuales forma y alimenta el río Lozoya,—6.000 litros por segundo—, cuyas

aguas consume Madrid y a cuyo servicio, en el porvenir, están adscritos, además, el Jarama —3.500 litros—, y el Sorbe—, otros 3.500.

Y ya hoy, acontece, que, mientras el Lozoya ofrece un caudal de agua capaz para abastecer una población de 1.720.000 habitantes, con una dotación media de 300 litros diarios para cada uno, Madrid tiene sed. No bastan para apagarla las magníficas presas del El Villar y de Puentes Viejas, embalsando 42.000.000 de metros cúbicos, que se pueden elevar a más, de 62.000.000 constituyendo una enorme reserva. El problema, no es de escasez de agua en los depósitos reguladores, si no de aumento, de capacidad del acueducto de conducción y de más amplia y mejor distribución urbana. Porque, en efecto, el canal actual, el llamado por autonomasia Canal de Isabel II, es capaz, normalmente, para conducir 216.000 metros cúbicos diarios de agua, y el abastecimiento de la población madrileña alcanza ya la cifra de 223.000; es decir, que en los días de máximo consumo, la Ciudad gasta a expensas de las reservas almacenadas en los depósitos.

Gasta, pero no se abastece. Con la mencionada dotación, cuyo deficit circunstancial ya es una amenaza, Madrid tiene 15 calles en el Interior, 148 en el Ensanche y la totalidad del Extrarradio, parcial o totalmente, sin servicio de tuberías y bocas de riego. La zona alta de la población, sufre porque el agua no llega con la presión suficiente ni en la medida necesaria: así, el barrio de Salamanca, la Prosperidad, la Guindalera y Cuatro Caminos, en razón a que el depósito de Santa Engracia es insuficiente para el gasto de la demarcación y situado en la cota 713, contempla, vencido, construcciones urbanas más altas.

La parte Sur, está también, desabastecida por falta de diámetro de la tubería maestra y de los ramales: en la glorieta de Atocha, esquina al paseo de Trajineros, la tubería tiene una sección de 35 centímetros y en ella están injertadas: una tubería de 20, del Pacífico; otra de 12, hacia la Ronda, de la cual parten cuatro más del mismo diámetro, bifurcándose uno de los ramales, para nutrir el Nuevo Matadero; y otra de la misma sección de 12 centímetros, que va hacia la calle del General Lacy.

Añadamos las reclamaciones de agua que formulan Vallecas con sus 40.000 habitantes—y Chamartín. Agreguemos, todavía, que no es, ciertamente, la nuestra bienamada una

Ciudad que puede presumir de abundante consumo de agua, ya que nuestros 212 litros diarios, están a menos de la mitad del camino de los que tocan a cada vecino de Los Angeles y casi no dan a la imaginación un punto de apoyo para adquirir noticia de los 1.041 que pronto se disfrutarán en Chicago.

Hoy nos faltan 50.000 metros cúbicos diarios de agua.

Esa es nuestra realidad actual; una realidad atormentadora, que detiene la marcha de la Villa hacia su progreso sanitario y su engrandecimiento urbano e industrial; una realidad a veces, como estos días, iluminada por los rojos resplandores de los incendios, que la falta de agua no ha permitido combatir. (*Muy bien, muy bien.*)

Pero ¿y la Ciudad de nuestro mañana? ¿Es que no ha pensado nadie en que mientras en el año 1850, Madrid, con 200.000 habitantes escasos, consumía diariamente 2.000 metros cúbicos de agua, gasta hoy 223 000 metros cúbicos para 863.118 habitantes, contando las ocultaciones de menores de quince años y sirvientes, y los 100.000 de pueblos cercanos que desenvuelven entre nosotros su actividad? Todos han cegado y no saben leer en esa progresión proclamadora de que mientras la población aumentó cuatro veces y tercio, el consumo absoluto de agua es ciento once veces y media mayor, y el consumo proporcional al número de habitantes, veintiséis veces mayor.

Quien no induzca una ineludible norma de conducta de esa lección elocuente de los números, contraerá la grave responsabilidad de los gobernantes desconocedores de las necesidades colectivas más acusadas y voceadoras. «Ir tirando», avivará todos los días la protesta, hija de las privaciones crecientes. Resucitaremos la Ciudad con sus mil aguadores, pingüe oficio que se transmitía como por juro de heredad, y cuyas plazas no se traspasaban ni por 1.500 pesetas; con sus 36 000 cubas de agua transportadas a domicilio, costando el metro cúbico 2'32 pesetas; sin vegetación, ni alcantarillas, ni servicio de Incendios; con un ambiente reseco y polvoriento; con una mortalidad genérica de 52'78 por 1.000, reducida ahora a 26'90, y una específica tifodéica que todavía en 1889 llegaba a 78'5 por 100.000 habitantes, que se logró disminuir a 20'7. Un Madrid indeseable, poco merecedor de los esplendores de Capital de la Monarquía. El mismo Madrid, en una palabra, descrito en su *Viaje por España*, por Teófilo Gautier—pintor, poeta, novelista—, que en 1840 visitó la Villa. La pluma,

pluma ágil y brillante del escritor francés, ya entonces, glosó la falta de agua de esta manera: «Esta sed de Madrid es verdaderamente una cosa extraordinaria; toda el agua de las fuentes, todas las nieves de las montañas del Guadarrama no bastan a apagarla. Se ha bromeado mucho acerca de este pobre Manzanares y la urna seca de su náyade; yo quisiera ver el papel que hacía cualquier otro río en una ciudad devorada por sed semejante. El Manzanares, se bebe en su origen; los aguadores acechan con ansiedad la menor gota de agua, la más ligera humedad que se produce en sus márgenes, y se las llevan en sus cántaros; las lavanderas lavan la ropa con arena, y en medio del río no encontraría un mahometano agua bastante para hacer sus abluciones. (*Muy bien. Aplausos.*)

Bien están las galanuras de estilo de Teófilo Gautier para recrear un poco el espíritu; pero poned un momento conmigo la mente en la contemplación del estado de cosas que he procurado dibujar y decidme qué será de Madrid si no se aumenta su dotación de agua, completando la obra del Canal, el más poderoso órgano propulsor de la expansión y prosperidad urbana; no dispondríamos ni del «agua de angustia» de la que os habla en el *Libro de los Reyes*.

Para el Sr. Sánchez de Toca, «a la conservación y mejora de estos suministros de agua queda ya definitivamente vinculado el mantenimiento, consolidación y ulteriores desenvolvimientos de los inmensos y vitales intereses creados en nuestra Capital sobre esta base. Las obras del Canal son la principal clave de valoración de toda la riqueza acumulada en nuestro Municipio; de ellas dependen fundamentalmente las posibilidades de nuestras futuras expansiones. Una avería que interrumpiera súbitamente estos servicios de abastecimiento, y con mayor motivo una gran ruina en cualquiera de las secciones de su acueducto, representaría el mayor de los desastres para nuestra Ciudad.

»Por de contado, fuera en vano pensar aquí en los engrandecimientos de Metrópoli moderna, que sume a las preeminencias de capitalidad política, las prosperidades de la actividad industrial, con capacidad para que en ella encuentren pronto y adecuado empleo los 50.000 caballos de energía hidroeléctrica, si los suministros de agua no resultan proporcionados en abundancia, seguridad plena de presiones normales constantes, y complementos de red de distribución, que sean adecuados a una población que necesita aplicar tan enormes fuerzas.»

Así es el problema planteado, que tanto inquieta al Consejo, y que ha logrado en las Cortes resonancias merecedoras de gratitud.

Las soluciones, ¿son posibles? ¿Dónde están?

Ya queda dicho. Hace falta transportar a Madrid el caudal de agua que la Villa necesita, y ampliar y mejorar la red de distribución urbana, en la cual se han observado reducciones considerables en las líneas de carga, por el creciente consumo, fugas y desperdicios, oxidación de las paredes interiores y nuevas derivaciones establecidas.

El Consejo de Administración del Canal de Isabel II, sometió al Gobierno el plan de obras necesarias, cuyo pivote es la construcción de un nuevo Canal de transporte, con depósito terminal, proyectado en la cota 727, con posibilidad de abastecer todo el término municipal por medio de agua rodada. El caudal que podrá discurrir por el nuevo acueducto es el de 518.000 metros cúbicos de agua, que, unidos a los que transporta el Canal actual, bastan para cubrir todas las previsiones de abastecimiento de la Ciudad en lo que queda de siglo.

Una Real orden aprobó el plan a ejecutar en el quinquenio de 1921 a 1926.

Llevarlo a la práctica y atender la deuda del Canal, exige 45.000.000 de pesetas. Buscarlos mediante un empréstito negociado en la forma ordinaria, supone una suma de 3.313.000 pesetas por un período de treinta y cinco años, para el servicio de intereses y amortización, cifra que excede de los sobrantes consolidados que el Canal obtiene.

El Consejo de Administración del Canal—nadie yerre: Consejo sin dietas ni retribución de clase alguna, en el cual, la única compensación a las actividades aportadas es el beneficio que se logre para el interés público—, proyectó hacer una nueva emisión de Cédulas en cantidad suficiente para que, negociando en el mercado una parte mínima y pignorando en el Banco de España las otras, obtuviese los 45.000.000, mediante la apertura de una cuenta de crédito garantizada con aquellos valores; 110.000 Cédulas de 500 pesetas, con un valor nominal de 55.000.000.

Adoptado el acuerdo por los Consejeros, en sesión de 30 de septiembre del año último, se elevó una Moción al Gobierno solicitando:

Primero. Autorización para levantar un empréstito de 55.000.000 de pesetas nominales, destinado, exclusivamente, a la ejecución de las obras proyectadas y pago de la deuda actual, haciéndose la emisión en títulos de la Deuda pública, al portador, con interés anual de un 6 por 100, amortizables a la par en un plazo de treinta y cinco años, contados a partir de 1927.

Segundo. Autorización para pignorar los títulos, con el límite de que las cantidades exigidas por el servicio de intereses y amortización no exceda de los productos anuales de la explotación del Canal; y

Tercero. Que el Estado garantice a los tenedores de los títulos del empréstito el pago de los intereses y amortización, en cuanto no basten los productos líquidos de la explotación del Canal.

Informado el expediente por la Comisión permanente del Consejo de Estado, espera la resolución ministerial. Anticipándola,—siquiera haya de ser resultado de un acuerdo del Consejo, y no resolución individual de un Ministro,—el señor Villanueva ha dicho en el Congreso, contestando al Sr. Saborit: «Yo no soy ni puedo ser partidario de que a ese empréstito, se le dé el aval».

Y son esas frases el origen de la preocupación que atosiga al vecindario.

Despierta la sensibilidad colectiva, adivina que si el Estado niega la garantía pedida, se retrasarán o se harán imposibles las obras proyectadas, cuya eliminación producirá los males que, como inherentes a la escasez de agua, quedan anotados, y el Municipio se inquieta y malhumora: le sobra razón.

Para concertar el empréstito, ha de acudir a uno de estos tres procedimientos: lanzarse valientemente al mercado público; buscar un consorcio bancario que asegure la operación, o llegar al Banco de España pactando la operación pignoraticia proyectada por el Consejo del Canal.

Acudir al mercado con una gran alegría de corazón por toda medida precautoria, sería la iniciativa de un insensato, olvidado incluso del escaso éxito del empréstito anterior de 20.000 000 de pesetas, emitido el 1 de enero de 1908, cercado por los recelos de una campaña injusta, que retrajo al capital, siempre avisado, receloso e influido por el miedo. Pero, además, el público daría el dinero a un interés que

excedería del 6 por 100, incluyendo, naturalmente, comisiones, publicidad y demás gastos necesarios.

El Banco de España, en cambio, puede prestarnos al cuatro y medio, y la diferencia de uno y medio, calculada sobre 55.000.000 de pesetas, representa 825.000 pesetas todos los años; para los 35 de amortización, 28 500.000 de pesetas, es decir, un gasto, una pérdida de más de las dos terceras partes del coste de la obra. (*Aplausos.*)

Era menester, por consiguiente, renunciar a ese camino. Así procedió el Canal.

A un resultado financiero semejante, conduciría el pacto con un banquero o un grupo de banqueros que asegurase la operación.

El Canal adoptó la única norma aconsejable: operación pignoraticia, avalada por el Estado.

Algunos,—el Sr. Ruiz Giménez, el Sr. Gasset, hasta el Comisario Regio, Sr. Pérez Caballero—, han razonado que aquella garantía explícita no añadía nada a la implícita que tenían tras sí todas las operaciones de crédito concertadas por el Canal, que es el Estado mismo y que, por ello, no ha de ser su propio fiador; es,—dicen—, una exigencia sin por qué del Banco de España.

A mi juicio, quienes así arguyen, inciden en cardinal error. Olvidan una elemental doctrina de Derecho administrativo moderno y no interpretan, con fortuna, un texto legal básico.

La ciencia—«Derecho constitucional», de León Duguit, famoso divulgador de la tesis la «Propiedad, es una función social»,—preconiza una evolución del Derecho público hacia la descentralización por servicios, realizada mediante una participación de los funcionarios técnicos del servicio mismo, en su dirección. Los tratadistas examinan y anotan las formas de esta descentralización y, entre ellas, su combinación con la modalidad, consistente en colocar junto al servicio un patrimonio autónomo, afectado por todas sus derivaciones económico-financieras y por las iniciativas de sus elementos directores. El peculio propio es el soporte y la garantía del servicio descentralizado; los gastos, las obligaciones contraídas a nombre de aquél, no comprometen el conjunto del Tesoro público.

El Canal de Isabel II, es eso; un servicio público descentralizado, que tiene asignado un patrimonio propio para el

cumplimiento de sus fines peculiares. Cuantos con el Canal contratan, saben que podrán hacer efectivos sus derechos sobre aquel conjunto de bienes; pero sin la ingente garantía de los caudales del Estado.

Acorde con la doctrina, se muestra el artículo 4.º de la Ley orgánica del Canal de 8 de julio de 1907: con autorización del Gobierno, el Consejo de Administración podrá levantar empréstitos, garantizados con el producto de la explotación y con el valor de las obras e instalaciones.

Así se amojonan, en el campo jurídico-positivo, los bienes sobre los cuales podrían procurar el pago de sus créditos los tenedores de Cédulas del empréstito discutido. Para ampliar la garantía a toda la hacienda pública, es concluyente que solo hay un arbitrio: que el Estado garantice la operación.

A mí me importa no derivar la responsabilidad sobre el Banco de España. Envolverse en el equívoco apuntado, será acaso una habilidad aconsejada por ese sistema de ordenar los destinos públicos que cifra su máxima aspiración en soslayar las dificultades. Creo, por el contrario, como Posada en su reciente libro *España en crisis*, «que gobernar es afrontar problemas». (*Grandes aplausos*.)

De acuerdo con el artículo 11 de sus Estatutos de 18 de julio de 1922, el Banco puede concertar préstamos con garantía de Títulos de la Deuda del Estado, admitiéndolos hasta el 80 por 100 de su valor efectivo, cuyas operaciones podrán tener, — artículo 15, — la forma de cuentas corrientes de crédito, con garantías pignoraticias. En ejercicio de la facultad determinada en el artículo 79 de su reglamento de 19 de mayo último, tienen asignados estos préstamos un interés del 4'50 por 100.

De uno y otro beneficio —cuantía del préstamo y reducción del interés—, gozan ya, desde antes de ahora, las Cédulas que emite el Canal de Isabel II, que no necesitan, por consiguiente, para el logro de tales finalidades, la declaración de valores públicos.

¿Para qué será, pues, necesario, el aval que el Consejo del Canal pide, que el Sr. Ministro de Hacienda niega y que es condición del empréstito, de las obras y de la traída de las aguas? No creo equivocarme, si quiera falte una declaración autorizada: es indispensable para que el Banco de España admita en pignoración el conjunto íntegro de la emisión, salvo una pequeña parte entregada al mercado, —única manera, claro es, de lograr los 45.000.000 que son menester.

Recojo, de cuanto antecede, esta conclusión: el aval es supuesto apriorático del empréstito y de su viabilidad y eficacia.

Problemática la concesión de la aquella anhelada garantía, la minoría maurista municipal, recabó la intervención del Concejo madrileño, cuyas preocupaciones en este asunto se han adelantado a todas las que otros sintieran. Por esta vez, el vecindario madrileño debe al Ayuntamiento, no loas, vítores y galardones que no los acredita quien sólo cumple su deber, pero sí el merecido reconocimiento de su celo en el servicio de ese gran interés municipal. (*Aplausos*)

El Ayuntamiento tomó la iniciativa y en visita corporativa al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, solicitó la concesión de ese aval. El Concejo desconfía de sus eficiencias, que debieran ser invencibles y arrolladoras, si los Poderes locales tuvieran en la Monarquía española algo más que un cetro de caña, y acude a sus representados, y por nuestros labios, les dice, sencilla y llanamente: se trata de un empeño de vida o muerte para Madrid; apartad toda sugestión misérrima de bandería y partidismo; acallad resquemores, censuras y agravios, no pocas veces justificados; y, en esta ocasión, todos unidos, acompañad a vuestro Ayuntamiento ante el Gobierno de S. M. (*Grandes aplausos*)

Tres fueron las soluciones que tuve el honor de someter al Ayuntamiento, acordadas por éste y elevadas al Gobierno. Rápidamente, por que no quisiera fatigaros (*denegaciones*) daré noticia de las mismas.

Primera solución: *Que el Estado avale el empréstito.*

Aparte las razones aducidas, la garantía que reclamamos es un débito jurídico del Estado con el Canal y, por lo tanto, con el vecindario. A menos que el Estado, órgano definidor del derecho, como *Castiella* con los *homes*, faga las leyes para gastarlas, con su inobservancia; asentado en las altas cumbres del Poder, no será provechoso que dé a los ciudadanos modestos, el espectáculo anarquizante de dictar la norma legal, para después burlarla.

En nuestra Ley de Presupuestos, en la vigente Ley de 16 de junio de 1922, hay un artículo, el 26, por el que se concede una subvención de 18.500.000 pesetas, a las Juntas de Obras de Puertos, repartidas entre ellas según categorías que se establecen, y que pueden las Juntas destinar, o directamente, al pago de las mejoras y construcciones que consideren

necesarios, o al servicio de los intereses y amortización de los empréstitos que concierten con la garantía de aquella subvención, cuyas operaciones de crédito podrá avalar el Estado. Este artículo, tiene al final, tres líneas expresivas: en igualdad de condiciones, definió el Poder legislativo, el Estado avalará los empréstitos que emita el Canal de Isabel II. El texto legal, emplea, ahora, el verbo en imperativo; declara una obligación, no estatuye una facultad, como lo hace al referirse a las Juntas de Obras.

Y así, cuando el Ayuntamiento con vosotros, acude al Gobierno pidiendo el aval, en definitiva, sólo reclama respeto para los postulados legales establecidos por las Cortes y el Rey, en ejercicio de su soberanía.

Nada vale el argumento de que el artículo 26 de la Ley presupuestaria infringe el 39 de la Ley de Contabilidad de 1 de julio de 1911. De un lado, alguna cotización habría de tener el criterio de la Comisión permanente del Consejo de Estado, patrocinador de que debe otorgarse el aval, concordando ambos preceptos. De otro, ese artículo 39, sistemáticamente escarnecido, ¿ha de lograr sólo respeto cuando, en función suya, puede quedar en la orfandad un vital interés del vecindario madrileño? ¿No acabará nunca, nunca en España el caminar sin trabas, del Poder central y la persecución, sin descanso, de las Instituciones municipales? (*Grandes aplausos.*)

Pero si en el orden jurídico el aval es exigible, políticamente es obligada su concesión. Cuando un Ministro de la Corona, merecedor de todo respeto público y personal, alza ba frente a la reclamación madrileña la hipotética protesta de otras ciudades, olvidaba—aún habida cuenta de la oposición que en las Cortes encontró una subvención por capitalidad—, olvidaba que en España rigen un Real decreto de 27 de mayo de 1914 y otro de 28 de julio de 1920, que facultan al Estado para contribuir a la ejecución de las obras necesarias para la conducción de aguas destinadas al abastecimiento de poblaciones, con el 50 por 100 de los presupuestos respectivos. Es verdad que la subvención tiene un límite, que la constriñe a 50.000 pesetas. Pero ¿habrá quien desconozca que media un abismo mayor que los costes respectivos de las obras, entre la última aldea de España y la Capital de la Monarquía, no por una razón de privilegio, si no por el reconocimiento de que nuestra Ciudad tiene exigencias anejas y exclusivas de su calidad representativa?

Además, financieramente, el afianzamiento no envuelve riesgo alguno para el Estado.

Allá por el año 1907, el Canal obtenía un producto líquido de su explotación, conservación y reparación de 1.032.992'90 pesetas, que era de 1.619.605'48 pesetas, en 1912; de 2.716.563'36 pesetas, en 1917, y de 3.309.406'33 pesetas, en 1922. Es una proporción normalmente desarrollada y creciente, y el sobrante, claro es, será todavía mucho mayor cuando puedan ser atendidos los innumerables abastecimientos solicitados.

La solvencia del Canal, la vocea hasta enronquecer, la cotización de 98'50 que logran en el mercado las Cédulas procedentes de la emisión de 1908, emitidas a la par y con un interés de 4 por 100.

Por último, el Sr. Villanueva, no puede sentir ningún escrúpulo porque en la propia moción del Canal se determina que el préstamo que en el Banco de España habrá de garantizar, no excederá nunca de aquella cantidad cuyo servicio de interés y amortización pueda cubrirse con los sobrantes consolidados del Canal. ¿En qué podrá, pues, apoyarse la negativa del Gobierno?. (*Muy bien, muy bien.*)

No; el aval no es una pretensión audaz y sin raigambre. Añadid a cuanto dejo expuesto a vuestra meditación que, no hay consumo más reproductivo que el de las cantidades dedicadas a dotar a las poblaciones de agua abundante. Las obras, tienen, es cierto, un coste elevadísimo y no es aconsejable que las intenten empresas privadas, por que apartada, por absurda, toda concesión monopolística, ninguna podrá concurrir, victoriosamente, con los organismos oficiales; ninguna tampoco puede lograr la legítima y ubérrima compensación que el Estado o el Municipio hallan, mediante la participación que toman en la riqueza creada, por medio, de los impuestos.

De cómo el Canal ha creado riqueza, hablan elocuentes y circunspectos, estos números. Madrid en 1858, antes de la traída de aguas, ocupaba una extensión superficial de 22.485.000 metros cuadrados, con más de la mitad de las fincas compuestas sólo de planta baja y principal; hoy, nuestra Ciudad se extiende por una superficie de 66.756.482 metros cuadrados: tres veces más, con 10.396 edificios de tres a cinco plantas. Madrid, en 1855, pagaba al Tesoro, por contribución urbana 1.999.541 pesetas; ahora, satisface 13.529.043'13: seis veces más. La Villa, en el mismo

año, ingresaba en las arcas del Tesoro por subsidio industrial, 1.893.647 pesetas; hoy, aporta 14.791.891'91 pesetas: siete veces más, a pesar de que el mayor núcleo de actividad y riqueza industrial escapa a esa estadística, en razón a que tributa por utilidades y dada la economía de ese impuesto y su actual escaso desarrollo, no es fácil reducirlo a cifras.

Por medio de esa participación en la riqueza privada, el Estado, poco a poco, no tan poco a poco, se va reintegrando de las cantidades que, para el servicio de Madrid, hubiese anticipado.

¿Por qué criterio legal, de equidad o de justicia, podrá negarse a la Villa la garantía indispensable para asegurar su desenvolvimiento y su vida? (*Muy bien. Aplausos.*)

El Sr. Villanueva, ha invocado la lamentable situación de nuestra Hacienda pública. Grave preocupación es esa. Pero no será lícito tomarla en cuenta sólo para mostrarse arbitrariamente riguroso con la Ciudad que nos alberga. ¿Por qué continuar los anticipos reintegrables a las Compañías de ferrocarriles, sin que el Gobierno se haya creído obligado a cohibir la hemorragia, llevando a las Cortes un proyecto de ordenación ferroviaria? (*Grandes aplausos.*) ¿Por qué nuestros gobernantes no traen a cuento esa misma punzante preocupación para orientar la acción española en Africa y, ahora mismo, han atravesado en la resolución del problema una excepción dilatoria, que representa muchos millones en numerario y muchos más en energías de la raza, en tesoros de juventud y esperanzas, derrochados sin objetivo determinado? (*Ovación entusiasta.*)

Segunda solución: *Que el gobierno influya sobre el Consejo de Administración del Banco de España para que pignore, sin tope alguno, el conjunto de valores representativos del empréstito que el Canal emita.*

Es una receta subsidiaria. Acoge la hipótesis de que el Estado niegue la garantía.

Las Cédulas emitidas por el Canal, no son, en puridad, efectos públicos, siquiera el Banco les tenga reconocida esa índole, para admitirlos en pignoración por el 80 por 100 de su valor y cobrar solo el 4'50 por 100 de interés. Podría acontecer que el Banco no abriese la cuenta de crédito por la cantidad misma representada por los valores emitidos, con la sola reducción del 20 por 100, si no que sólo se aviniese a tomar una determinada cantidad de papel.

Pedimos que el Gobierno influya, haciendo que desaparezca la única dificultad que, posiblemente, tendría aquella operación pignoraticia proyectada, faltándole el aval del Estado.

Tercera solución: *Entrega del Canal al Municipio.*

Hasta aquí, señores, la acción de Gobierno que nosotros reclamamos.

Admitamos la posibilidad, —desgraciadamente hay que aceptarla,—de que el Poder público sea sordo a nuestras demandas y se desentienda de nuestras quejas y aspiraciones. Para este supuesto, el Ayuntamiento madrileño pide que si el Estado no hace, deje hacer; si no ayuda a Madrid a resolver el problema del abastecimiento de sus aguas, que no estorbe la solución y, mediante una fórmula que respete todos los derechos adquiridos, entregue el Canal al Ayuntamiento para que ejecute las obras proyectadas y lo administre en beneficio del vecindario.

Si así se acordase, quizás, en último término, no fuese otra cosa que una restitución.

Esta fórmula, tiene una doble raíz. La Ley de Aguas de 13 de junio de 1879, en cuyo artículo 171 se declara que el abastecimiento de agua de las poblaciones es un servicio municipal; y la Ley Orgánica de este apellido, cuyo artículo 72, número 3.º, determina que es de la exclusiva competencia de los Ayuntamientos el gobierno y dirección de los intereses peculiares de los pueblos y, en particular, cuanto tenga relación, otras materias aparte, con el servicio de las aguas. El Estado que tales reglas fundamentales estableció, no debe imposibilitar su cumplimiento. Si el abastecimiento de aguas es un servicio municipal, que no encadene la acción del Concejo dirigida a cultivarlo y desenvolverlo.

Por añadidura, en relación con el Canal de Isabel II, su origen y los derechos que sobre él puedan invocarse, yo he aprendido una historia, que tiene episodios de indiscutible valor pedagógico, otros pintorescos y todos curiosísimos, cuyo estudio brindo a vuestras primeras horas desocupadas.

Era,—el Sr. Alberca, mi querido amigo, lo recordaba,—allá por el año 1848,—Bravo Murillo,—uno de los tres Juanes que, decisivamente intervinieron en la construcción de nuestro Canal; fueron los otros los Ingenieros, Sres. Rafo y de Rivera,—en su condición de Ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas, tuvo que resolver una instancia soli-

citando la concesión de una traída de aguas para abastecer la Ciudad. El Ministro, no se creyó autorizado para resolver, sin oír antes al Ayuntamiento. Una muestra de respeto al fuero municipal en aquellos tiempos. Ahora, bajo el liberalismo, continuamente le vemos negado o renegado... igualmente desconocido que las robustas personalidades regionales asentadas sobre el solar ibérico (*Grandes aplausos.*)

El proyecto no llegó a ser realidad. En 1851, el Ayuntamiento, — iniciativa municipal; no actividad del Estado, — elevó a S. M. la Reina Isabel II, una respetuosa exposición, representándole las necesidades del vecindario en relación con el consumo del agua y su escasez. La Reina acogió benévola la petición y donó 4.000.000 de reales para las obras del Canal. A la aportación regia, se sumaron otras; el Ayuntamiento se obligó a dar 16.000.000 de reales; los propietarios de la Villa dieron 4.000.000, a cuenta de «reales fontaneros» de agua; 6.000.000 dieron la nobleza y el comercio madrileño. Bien se advierte que son todas éstas, aportaciones municipales. El Estado concedió un crédito extraordinario de 2.000.000 de reales, obligándose a consignar anualmente una cantidad en los presupuestos.

Era grande, por entonces, la penuria de nuestro Ayuntamiento y halló muchas dificultades para aportar aquellos 4.000.000 de pesetas, a que se había comprometido.

El Concejo se propuso servir la obligación, vendiendo bienes de propios, redimiendo la carga de farol, levantando empréstitos con la garantía de los derechos de puertas de la Villa.

En determinado momento, un Alcalde de feliz memoria, D. Valentín Ferraz, con el afán de lograr exclusivamente para el Concejo la dirección y el cuidado del abastecimiento de aguas, apartándolo de los vaivenes de la política general del Reino, propuso una operación de crédito, garantizada con todos los productos de la recaudación de Consumos, para pagar al Estado las cantidades anticipadas, que tenían asignado un interés.

La iniciativa del Alcalde benemérito, fracasó. El Estado se acordó de su omnipotencia y estorbó la loable iniciativa municipal, mediante una Real orden que estableció un verdadero condominio entre el Estado y el Ayuntamiento; éste, había de aportar 8.000.000 de reales anuales; el Estado daría 4.000.000; y con esta garantía y la representada por

los derechos de puertas, había de emitirse un empréstito de 50.000.000 para construir el Canal. El Concejo, no se allanó fácilmente a la pérdida de su fuero. La resolución ministerial fué combatida por un Concejal, el Sr. Martínez Luna, cuyo nombre no debieran olvidar los madrileños.

Después, el Estado buscó en los Consumos un origen saneado de ingresos, estableciéndolos con carácter general para toda España, con daño de las fuentes que nutrían el empréstito del Canal e incautación de un origen de renta, netamente municipal.

Y ya en el camino del desafuero, el día 5 de julio de 1859, alegre y satisfecho, incansable todavía en su actividad iconoclasta contra los derechos del Concejo, el Estado promulgó una ley, por cuyo artículo primero se declaró propietario de las aguas del Canal y de sus instalaciones.

Cuando, ahora, nos sorprende el Poder público desentendiéndose de ese Canal que condiciona la vida madrileña, todo ímpetu parece escaso para decirle: «si no haces, no estorbes, déjame hacer, allanándote a mi reivindicación». (*Grandes aplausos.*)

En último término, en el Canal de Isabel II se han consumido 113.971.132 pesetas; pero de esa suma, 62.160.274, fueron logradas con productos del Canal, y 8.456.000 pesetas, fueron ingresadas por el Ayuntamiento y los particulares. El desembolso hecho por la Hacienda pública ha sido solo de 43.354.858 pesetas. No se invoque, pues, para lograr un efectismo, la cifra total de 113.000.000. (*Muy bien.*)

Voy a terminar. Había muerto en 1411, Martín el Humano, último Rey de la Casa de Barcelona, sin sucesión. Reunidos en Caspe los nueve compromisarios de Cataluña, Aragón y Valencia, eligieron Rey al Infante castellano, Don Fernando de Antequera. El Conde de Urgell, aspirante a la Corona, había escuchado a su madre este consejo: «Hijo; Rey o nada», y se alzó en armas con malaventurada estrella, que le hizo rendirse en Balaguer.

Yo os digo, aunque mi criterio no puede merecer siquiera cotización entre vosotros, que cuando se trata de grandes empeños de carácter público como éste y las resoluciones pueden afectar a órganos vitales de la ciudad, no acepto la divisa del Conde Don Jaime. Tampoco tomo como fórmula de actividad el «Lo mismo da» y el «Bien está», que, según Altamira, en su *Psicología del pueblo espa-*

ñol, es una de las notas características del alma de nuestro pueblo.

Ni lo uno ni lo otro. Máxima intransigencia, por el placer de flamear al viento una bandera extremista, que siempre tendría asegurado el concurso de determinados sectores de opinión, no, porque podríamos causar a la Villa el mayor daño. La mansedumbre, la resignación fatalista, que es abulia, excepticismo y renunciación, tampoco.

El grave, gravísimo problema creado por el deficiente abastecimiento de aguas, está ahí atormentando a la Ciudad y amenazando su pujanza y su brío. Es ya inaplazable darle solución despejando su incógnita pavorosa. Apuntadas quedan algunas. Si hay otra mejor, bien hallada sea. Pero....

No se engañe el Estado. La historia política española es el martirologio de los Municipios.

Pero ya, Horacio, en su *Palinodia*, glosó, maravillosamente, que son efímeros los más vigorosos poderes humanos. «Los dioses elevan lo que se arrastra, humillan lo que se eleva y truecan la obscuridad en gloria: ved a la Fortuna arrancar, con un grito terrible, la corona que va a colocar, riéndose, sobre otra cabeza». El progreso—«tránsito de una homogeneidad indefinida e incoherente a una definida y coherente heterogeneidad», según Spencer—, ha aventado la concepción de un Estado centralista y dibuja seductoras estructuras políticas, en las cuales se juntan la unidad orgánica y la actividad libre de los seres integradores de la personalidad política.

Ya será inútil resistir la acción reivindicadora de los Municipios. Es verdad que en 1521 cayeron vencidas en Villalar las cruces rojas de las Comunidades, y que el imperialismo pudo entregar al suplicio a los tres paladines de las libertades castellanas, amasadas con sangre de tantos mártires y cince-ladas por la obra de los siglos; es verdad que cuando el siglo XVI agoniza, sube al cadalso zaragozano Juan de Lanuza, el Justicia mayor de Aragón, por haber hecho armas contra la hueste de Felipe II al grito de ¡Vivan los fueros!, voceado por el pueblo de la más independiente de las Monarquías; es verdad que antes, en 1522, fué asesinado en la plaza del Mercado de Valencia, Vicente Peris, caudillo de los agermanados en la lucha contra la autoridad real y la nobleza; también es verdad que en 1714 las armas imperialistas del Duque de Berwick triunfaban sobre la bandera de Santa Eulalia, de

Barcelona, y, mientras un conceller rasgaba su gramalla, la pluma de Felipe V suprimía los fueros de la Cataluña de los Berengueses y de las Cortes representativas, de la Diputación y de las municipalidades democráticas, substituyendo el castizo gobierno político y administrativo de la ciudad, por una exótica Junta regia. (*Grandes aplausos.*)

Todo es verdad. Pero el tiempo ha corrido mucho, y su caminar no ha sido estéril. Hemos aprendido que los Municipios son raíz y semilla, cantera y cincel de toda la organización política; postulado primario de la vida nacional y de la que se desarrolla más allá de las fronteras; medula y vértebras del Estado mismo que, inconsciente, se suicida cuando niega, cohibe o desnaturaliza la Municipalidad. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

No se engañe el Estado. Impunemente, sin otra sanción que su propio agravio y su ruina, pudo escarnecer los Poderes locales. Sacudida por una reacción ideológica y política, hoy Europa entera sufre lo que en la *Historia de los movimientos nacionalistas*, llama Rovira Virgili «la tragedia de las Naciones», incubada por la interrogación de cuáles han de ser la estructura y funcionamiento de los Estados. Es la tragedia vestida de regionalismo o adornada con la estrella solitaria, símbolo de las aspiraciones separatistas, en cuyo fondo, acaso, sólo palpitaba, inicialmente, un amor, un gran amor, un inextinguible amor a esa primaria y excelsa organización que se llama Municipio y que es obra del mismo Dios. (*Ovación prolongada.*)

No se engañe el Estado. Por esta vez, seguros de nuestro derecho y bien hallados con nuestro poderío, sabremos perseverar, para no merecer la execración de las generaciones madreñas venideras.

Como una bellísima expresión de la falta de espíritu municipal, hoy no lograría buen éxito aquella gran obra dramática llamada *El mejor Alcalde, el Rey*. (*Ovación entusiasta y prolongada.*)

El precedente discurso lo pronunció el Sr. Colom Cardany en el mitin organizado por el Ayuntamiento de Madrid, a propuesta suya. Tuvo lugar en el Teatro Español el día 13 de agosto de 1923. Hablaron, además, los Sres. Nicoli (Alcalde interino), Alberca, Pelegrín y Alvarez Herrero.

Las manifestaciones del Sr. Colom, coincidieron fundamentalmente con las que hiciera en una sesión municipal anterior, logrando entonces su intervención el asentimiento del Concejo y las siguientes frases del Alcalde Presidente Sr. Ruiz Giménez:

EL SR. PRESIDENTE:

El discurso, elocuentísimo como suyo, del Sr. Colom Cardany, es una demostración viva y patente de cuanto preocupa a la minoría maurista el interés de Madrid y en que escala le atiende planteado una cuestión tan importante como la del abastecimiento de agua.

Yo he oído a S. S. con inmensa satisfacción y estoy seguro de que lo mismo ha ocurrido a los demás Concejales. Y empiezo por proponer que el discurso del Sr. Colom Cardany, se imprima y reparta. No se ha podido decir nada con tanta elocuencia, con tanto fundamento, tan bien documentado, ni con tanto acierto, como lo expuesto por S. S. en su interés por el pueblo de Madrid.

Y ahora, después de hecha esta propuesta, que estimo está desde luego en la conciencia de todos, he de decir que estoy seguro de que todas las propuestas del Sr. Colom, están aceptadas por todos los Concejales. Todos se hallan completamente de acuerdo, como también lo está el Alcalde.

Si le parece al Ayuntamiento, en este momento de acuerdo con lo propuesto por el Sr. Colom, anunciaré al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que vamos a visitarle para hacerle los ruegos que acaba de formular aquel Concejál. Y como me importa puntualizar lo que se le ha de exponer, he de hacer algunas indicaciones.

Pediremos primero el aval que el Banco de España estima necesario. Ya sé que lo mejor es enemigo de lo bueno muchas veces y a mi juicio, el Banco de España no necesita el aval para una operación que se realiza con autorización del Gobierno, tratándose de un establecimiento del Estado. Me basta para ello fijarme en que el último empréstito hecho por el Canal no ha fluctuado su cotización ni aun en los días más críticos de la guerra europea, manteniéndose en la actualidad sus valores a 98'50 por 100. Es decir, que se trata de una operación perfectamente garantizada, y no se comprende que el Banco de España ponga reparos a conceder a unos valores que no son industriales, toda la importancia y alcance que esos valores tienen, y que, por consiguiente, no le dé el 80

por 100 en vez del 60 que concede a los valores puramente industriales.

Pero si el Sr. Villanueva, que es un hombre bien aferrado a sus convicciones, no quisiera ceder de su empeño,—y me parece a mí que se precipitó al contestar al Sr. Saborit, porque no es el Sr. Villanueva quien tiene que conceder eso, sino el Sr. Presidente del Consejo: pudo por consiguiente ser cauto y no haber adelantado ningún juicio, pero, en fin, lo ha dicho y no cede—pues como lo que a nosotros nos importa es que el empréstito se realice, de conformidad con el segundo término que ha planteado el Sr. Colom, haremos las gestiones cerca del Banco de España. En él tiene una representación el Gobierno, que es el Gobernador, y estoy seguro de que si éste influye, porque el Gobierno se lo manda, el Consejo del Banco cederá en una cuestión de esta naturaleza en la que realmente lo que se pide es que el Estado se avale a sí mismo, cosa verdaderamente curiosa. Tengo confianza en que el Banco cederá si nosotros, además de la gestión cerca del Gobierno, la hacemos también cerca de los Consejeros del Banco, porque tiene con nosotros grandes obligaciones contraídas. Hoy mismo tenemos más de 30.000.000 depositados en cuenta corriente, y cuando una Corporación como la nuestra tiene todo su haber en ese Banco sin que nos abone una peseta de interés como lo hacen otras entidades bancarias, yo creo que si tomamos también la determinación de visitar al Gobernador, a los Consejeros y especialmente al Subgobernador Sr. Escudero, no nos pondrán dificultades.

Y en último término, haremos la petición de que se nos entregue el Canal, con lo que yo creo que no perderíamos nada porque es una finca en productos, el Canal se hizo por Madrid, y sólo para Madrid, y cuando haya dificultades o el Gobierno se niegue alegando ser para él empresa difícil el garantizar las obras, entiendo que no debemos tener inconveniente en incautarnos del Canal si se nos pone a nuestra disposición.

Ya saben los Concejales que cuando se hizo el Canal transversal, el Ayuntamiento pensó en ello, pero había entonces un Comisario regio que no estuvo muy al lado del Ayuntamiento. No creo que hoy se pueda oponer el Sr. Pérez Caballero y menos el Consejo del Canal en donde están los señores Colom y Conde del Valle del Suchil dispuestos siempre a favorecer al pueblo de Madrid.

Propongo, pues, al Ayuntamiento que, declarando todos que estamos de acuerdo con la propuesta del Sr. Colom Cardany, nos traslademos a la Presidencia del Consejo de Ministros para ofrecerle dichas soluciones y decirle que hacemos extensiva la petición al Sr. Ministro de Fomento.

Aprobadas por unanimidad las conclusiones propuestas, se levantó seguidamente la sesión siendo la una y diez minutos de la tarde.